

Instrucciones para escuchar a San Pascualito Rey

Jesús Francisco Conde de Arriaga

DE PREFERENCIA, usted debe tener el corazón partido por la mitad. Si lo tiene roto en más pedazos, el efecto que se puede lograr se centuplicará en tantas veces como fragmentos estén esparcidos en el lado izquierdo de su pecho. Las lágrimas, si por casualidad se asoman impúdicas, deben estar ocultas para curiosos que se entretengan con ellas. El espacio físico puede ser diverso, pero eso sí, debe traer a su memoria el aroma de un lápiz labial o el color de una mirada concupiscente; los cuartos de hotel, por ejemplo, pueden configurar en nosotros un recuerdo, una imagen, un sonido o un olor. Incluso la anchura de la cama, irremediablemente crecida ante una solitaria presencia, puede cortar los resquicios de esperanza que se aferren a las paredes de colores carcomidos.

Siéntese en la posición que le parezca más cómoda y que permita que una respiración entrecortada pueda mostrarse; del mismo modo, una pared cercana y propensa a descargas espontáneas y revitalizadoras de rabia puede ser de mucha utilidad. ¡Cuidado!, prefiera el plafón al concreto, aunque la decisión final es suya.

Tome el primer disco de San Pascualito Rey y dibuje una sonrisa cómplice ante el nombre “*Sufro, sufro, sufro*”. Cierre los ojos. Imagine que en lugar de un minicomponente con sonido 5.1 o de un reproductor minúsculo con miríadas de canciones el sonido proviene de un tocadiscos; palpe el sonido de la aguja que al desplazarse por los surcos del vinilo cala hasta la medula de los huesos. Respire hondo, escuche el sintetizador cargado de ausencias. Una queja, en los últimos compases de la canción, saldrá de su pecho con un breve suspiro: un beso contenido.



Deje correr las pistas una a una. A sorbos y por cucharadas. Si quiere repita todo cuantas veces sea necesario hasta que esté completamente seguro de pasar a la cuarta canción. Un consejo: si siente el pecho como oprimido por un rompimiento anunciado o como cuando la lluvia zahiere la calle y usted se viste de nostalgia, es que está listo. Escuche la voz de Javier Corcobado en uno de los puentes de la canción y recuerde esa libélula con frío que alguna vez se posó en sus labios.

Absténgase de cursilerías y tome un vaso *old fashion* (apague su celular, olvide ese número aprehendido a fuerza de obstinación) y mezcle *bourbon* con cocacola. Si no tiene ninguna de las dos, puede sustituirlo por la bebida que prefiera. (La cerveza irlandesa o el mezcal oaxaqueño son opciones viables).

Haga de cuenta que no pasó nada, omita mordidas o miradas durante cuatro minutos. Durante el siguiente trago usted ya no debe extrañar a nadie. Nunca se conocieron. En ese cuarto oscuro y tibio sólo está usted y un vaso. Prenda un cigarro, con calma, escuche como trueno el tabaco merced al cerillo que se consume entre sus dedos. Si no fuma, es un buen día para empezar.

Ya se acerca la décima canción, es cuando inundada por los vapores báquicos su garganta empieza a

abrirse. Ahora sí, recuerde todo lo que pasó. Las mordidas y las miradas, las sonrisas. Recuerde sus manos arrancando un vestido negro, un collar o un zapato. Trate de llevar a su memoria la imagen lóbrega de cualquier recámara, la pálida luz selénica delineando

unos pechos graciosamente imperfectos y el temblor de sus manos intentando (y sólo intentando) una lúbrica caricia. Disfrútela, paladee el sabor salado de esa piel clara mientras resbala por su boca un trago más. Intente algo: combinar una lágrima, el alcohol y el recuerdo de unos muslos frágiles en sus papilas gustativas.

Cierre su boca, apriete los dientes con suavidad, usted sabe hacerlo y recordará lo que se necesita para encontrar el punto exacto entre el dolor y la dulzura. Respire hondo una vez más. Trate de encerrar en un acorde menor el olor preciso y exacto de ese cuerpo recordado en síncope satisfactoria.

Piense en los pactos clandestinos, en el avieso ritual cómplice y en la sevicia del tiempo. Llene una vez más su vaso y tome otro cigarro de la cajetilla, espere varios segundos después de la última canción. Escuche qué pasa. Termina el disco.

Repita cuantas veces sea necesario para amainar la ausencia o hasta que la botella de *bourbon* aguante. Si el anterior proceso deja heridas cerradas en falso es que usted está Deshabitado. Necesita algo más. **AAA**



SAN PASCUALITO REY